

de los partidarios del imperio, se abrieron las conferencias de Orizaba.

Maximiliano, doliente, con su cuerpo postrado por el ardor de la fiebre, con su alma enagenada por el recuerdo tiernísimo de Carlota, pensando en Miramar, y profundamente herido por la traición de la Francia oficial, tenía que resolver una cuestión de vida ó muerte para su honor y salvar á la vez los intereses del partido que lo había llamado.

La resolución que tomara requería un carácter de acero para llevarla á cabo. Véamos como supo salir con su honra limpia, aunque jugando la cabeza bajo la ley republicana.

Porque aquel nieto de Carlos V no sabía gobernar, pero sabía morir.

IV.

La suma de disgustos que pesaban sobre Maximiliano, y el anhelo de ir á Miramar á llevar algun consuelo á la desgraciada loca, lo inclinaron de una manera decidida á abdicar y partir de México.

Ademas de la carta á Bazaine que publica Kératry, escribió otras muchas á las personas que estimaba, despidiéndose de ellas. El padre Fischer retuvo estas cartas y no las dejó partir á su destino.

Los tres dignatarios franceses, Bazaine, Danó y Castelnau, habían propuesto á Maximiliano, viendo que fracasaban sus intrigas en el campo liberal, que al abdicar entregase el poder á un gobierno provisional, á un triunvirato compuesto de Lacunza, Linares y Mendez.

Entonces la alarma fué espantosa entre los conservadores, é ignorando que las autoridades francesas ni siquiera habían contado con la voluntad de los candidatos para formar la terna, creyeron que los liberales imperialistas conspiraban con los franceses á fin de que Maximiliano partiera, y que entonces permanecerían las tropas expedicionarias para apoyar aquel gobierno transitorio.

Así lo hicieron comprender al emperador, suponiendo

ademas, que la conspiracion iba hasta entregar la nacion á los Estados-Unidos.

Pero apesar de todo, el soberano activaba los preparativos de su viage: entónces los conservadores que lo rodeaban, le indicaron que resignase el poder en la persona que eligieran los altos cuerpos del Estado.

Maximiliano quiso oír la opinion de Scarlet, ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña, que cruzaba por Orizaba. El diplomático inglés estuvo de acuerdo con el parecer de los favoritos, aunque repugnaba la abdicacion como contraria á la dignidad del emperador.

Este entónces tomó un partido.

El dia 19 de Noviembre puso un telégrama á Lares, presidente del Consejo de ministros, previniéndole que el ministerio y el Consejo de Estado se trasladaran inmediatamente cerca de él, para resolver puntos de vital importancia.

Al dia siguiente, Maximiliano hizo partir el resto de su equipaje para Paso del Macho.

Luego que se conoció en México el telégrama imperial, se reunió el Consejo en la casa núm. 9 de la calle del Seminario, para organizar la partida, la cual se efectuó el dia 22, llegando á Orizaba en la noche del 23 los consejeros que obsequiaron el llamado del emperador.

Al dia siguiente se participó al emperador la llegada de los dos cuerpos de Estado, y el dia 25 se abrieron las conferencias, en el salon de la misma casa de Bringas, adonde estaba alojado Maximiliano.

La sesion se abrió á las diez de la mañana.

El soberano presidia la reunion. Estaba en pié, vestido con sencillez, y sin llevar condecoracion alguna.

Despues de saludar á los presentes, con su voz sonora y ligeramente nasal, temblando de emocion, pronunció las siguientes palabras, que debe recoger la historia

“Señores:

“Yo no soy el que era: la Providencia ha querido experimentarme con crueles dolores, tanto físicos como morales; por otra parte, el emperador de los franceses, de acuerdo con la República del Norte, ha dispuesto retirar su ejército del país y su apoyo á mi gobierno, apesar de los solemnes tratados que existen. En tan críticas circunstancias, yo no he querido tomar resolucion alguna, sin que ántes deliberen mis consejeros, que son tan ilustrados y que me han sido tan fieles. De esto tengo un nuevo testimonio al ver la solicitud con que vdes. han ocurrido á mi llamamiento: yo me felicito de ver á vdes. á mi lado, y les doy las gracias por las molestias que se han tomado al satisfacer mis indicaciones. Bien habria querido ir á México para tratar con vdes. de los puntos que han motivado mi resolucion; mas por una parte mis enfermedades me impiden hacer un viaje por el momento, y por otra, deseo que la deliberacion de vdes. sea enteramente independiente del influjo francés.”

Yo he escusado hasta ahora insertar en mi pequeña obra, documento alguno que rompiera la unidad del relato y la uniformidad del estilo.

Pero esas cortas frases del emperador enteramente auténticas, aunque inéditas, retratan con tristes líneas el estado moral de Maximiliano.

¿Era aquello el estilo de un emperador?

Aquel soberano, disculpándose de no haber ido á México á hablar con sus consejeros, y de haber tenido que llamarlos por el estado de su salud y por no encontrarse con los franceses: aquel rey postrado y cortés como un palaciego, distaba mucho del soñador de Caserta, del ambicioso jóven, blandiendo la espada de su abuelo Carlos V, y del héroe, muriendo con tanto valor en el cerro de las Campanas.

Pero seguiré mi narracion

Después de su pequeño discurso saludó Maximiliano personalmente á cada uno de los consejeros, y al hablar de la situación de la emperatriz sus ojos se llenaron de lágrimas.

El emperador se retiró á las habitaciones interiores, y el Consejo quedó instalado.

En la tarde de ese día continuó la sesión.

En ella, después de nombrarse las comisiones respectivas, se comunicó á los consejeros una carta del emperador dirigida al presidente del Consejo de ministros.

Desgraciadamente no tengo espacio adonde insertar documentos tan preciosos para la historia de México, y me conformo con dar un extracto de ellos, procurando no omitir nada importante y respondiendo de su autenticidad.

Maximiliano decía en esa carta á Lares, que la gravedad de la situación lo obligaba á llamar á sus consejeros natos, á fin de encontrar con sus luces una solución á la crisis presente. Que cumpliendo con un penoso deber, creía el emperador, que debía devolver á la nación mexicana el poder que de ella recibió, y que esa determinación la causaban la prolongación de la guerra civil, la actitud de los Estados-Unidos, y el hecho de que sus aliados no solo no podían continuar prestando sus auxilios al imperio, sino que los representantes de la Francia le habían hecho saber que Napoleón negociaba con los Estados-Unidos, asegurar una mediación franco-americana para consolidar la paz, para la cual se consideraba como indispensable que el gobierno que se estableciera en México tuviera la forma republicana.

Para la realización de ese proyecto, continuaba Maximiliano, y considerando que la Providencia se había servido quebrantar su felicidad doméstica, agotando su vigor y sus fuerzas, no vacilaba en hacer cualquier sacrificio, á cuyo fin consultaba á los presentes.

¡Pobre rey! Esa alma tan noble pero tan débil, no era

la más apropiada para regir los destinos de un pueblo tempestuoso como México.

¡Y la Francia, mas bien dicho sus representantes, tenían el valor de hacer semejante confesión al emperador que ella había elevado!

Aquella tristísima carta pasó á la comisión de gobernación.

Entonces manifestó el presidente del Consejo de ministros, que la nota de los representantes de la Francia no tenía el carácter oficial; y que los mismos le habían manifestado que deseaban devolver al gobierno imperial los elementos mexicanos de guerra, á fin de que pudiera sostenerse después de la retirada del ejército francés.

El interpelado el presidente del Consejo por el de la comisión, dijo que el soberano no había tomado resolución alguna irrevocable sobre abdicar ó no.

El día siguiente, 25 de Noviembre, volvieron á reunirse los consejeros, y la comisión dió cuenta con su dictámen. Esta pieza es notable por su laconismo y su vaciedad. Después de la fórmula introductiva, la comisión consultaba, que el remedio que proponía Maximiliano traería consecuencias funestas: que la Nación no le retiraba el poder que le había confiado: que las causas que esponían el soberano no parecían suficientes á la comisión, la cual, por razón de decoro, no consideraba la que se relacionaba á la actitud hostil de los Estados-Unidos, porque *México jamás consentiría en que otros que no fueran sus hijos, establecieran y determinaran la forma de su gobierno.* Decía además el dictámen, que se contaba con recursos suficientes para defenderse, y que en tal virtud proponía que se suplicara al emperador que no abdicara por ahora.

He subrayado una frase de ese dictámen, para que el lector admire como yo, esa tranquilidad con que decían que repugnaban una intervención extranjera los que estaban allí por la voluntad de la Francia.

Continúo mi labor.

Al momento se tomó en consideracion aquel dictámen, que era inspiracion del ministerio conservador.

La oposicion liberal que habia en aquel cuerpo colegiado lo atacó vivamente. Uno de los consejeros preguntó á los ministros con qué recursos contaban para luchar con el numeroso ejército republicano. El gabinete contestó entónces que podia disponerse de quince millones de pesos anuales, con los cuales se podian sostener treinta mil hombres, de los cuales habia ya diez y ocho mil sobre las armas: la comision agregó ademas, que no habia tenido presentes estas cifras para fundarse, sino que solo buscaba un medio para que el cambio que debia efectuarse no tuviera lugar de una manera tan brusca.

¡Siempre el egoismo resaltando en la obra conservadora!

Esos hombres aconsejaban la lucha y la continuacion de la sangre, cuando no tenian fé en el éxito.

Naturalmente que tan paladina confesion debió ser mal recibida. Los consejeros que con lealtad amaban al príncipe, reprocharon á la comision que intentara detener al soberano para que sirviera de salvaguardia de las personas comprometidas: y aconsejaban que se le hablase con franqueza, esponiéndole que no habia elementos suficientes para combatir; y sobre todo que el emperador no consultaba sobre si debia abdicar ó no, sino sobre el gobierno que debia sustituirlo, recordando siempre que los franceses no retardarian por nada su partida, ni suministrarían sus recursos de guerra al imperio.

El ministerio y la comision contestaron venalidades: que los franceses no se retirarian pronto, ni se llevarian los elementos de guerra; que con ellos el gobierno se hacia respetar de sus enemigos, y que era indispensable que Maximiliano permaneciese en el puesto, por algun tiempo siquiera,

para que México fuera considerado como parte en los tratados que se anunciaban.

Como alguno habia hecho presente que no convenia al decoro del emperador que bajo su nombre se cometieran las esacciones que han tenido lugar en las guerras intestinas del país, el ministerio protestó que aquello no acaecería, atendiendo al conocido carácter de Maximiliano.

La historia de las crueldades cometidas en Querétaro y en México sitiados, desmienten la confianza que los ministros tenian en su Señor.

En suma, la discusion entre los miembros de los consejos, se hizo violenta y poco persuasiva, sin que se llegara á un resultado satisfactorio.

Pero aquello me parece muy natural, y comprendo admirablemente que la cuestion propuesta no era fácil de resolverse.

Yo juzgo á esos hombres sin espíritu de partido, y adivino la situacion en que se hallaban colocados: por eso los disculpo.

Los imperialistas ante la ley son traidores; pero ante la historia pueden demostrar con pruebas irrecusables, que jamás se ligaron al ejército intervencionista. Los conservadores vieron en los franceses á los verdaderos restauradores de la reforma que tanto habian atacado. Los liberales, desde que ingresaron á los consejos de Maximiliano, habian llevado una política anti-francesa, pugnando abiertamente con los representantes de la Francia.

Así es que al tener en sus manos la solucion de aquel terrible problema, fueron perfectamente lógicos en sus opiniones y en su voto.

Si los reaccionarios por el egoismo de no querer quedarse sin bandera, detenan al emperador; si los liberales pretendian lo mismo por no quedar sin apoyo, puesto que ya

no cabian con la República ni con el clero, esas son las debilidades inevitables del corazón humano.

Pero yo que afortunadamente no pertenezco á uno ni á otro bando, y que solo he creído y creo en la legitimidad de la República, yo disculpo el voto que emitieron ambas fracciones, porque dada aquella crisis, no habia mas que exigir la permanencia de Maximiliano en México: las razones son muy óbvias.

La abdicacion de Maximiliano no cortaba la guerra civil, porque vivo el príncipe, podia pensar de nuevo alguna vez en recobrar el trono perdido, y su nombre seria siempre una bandera para los partidarios, lo cual comprometeria constantemente la paz de la nacion.

Pero sobre todo, habia una razon suprema y que se destacaba pulverizando todas las que se le opusieran en contra: era la razon de la honra. Maximiliano, huyendo entre los equipajes del ejército francés, quedaba deshonrado para siempre: porque ya empeñado en esa insensata aventura, no le quedaba mas que una de tres salidas: ó morir combatiendo, ó triunfar, ó..... el cerro de las Campanas.

Llegó al fin la hora de la votacion.

El artículo único del dictámen que iba á votarse, estaba redactado en estos términos:

—“No son bastantes las causas que se esponen para abdicar el poder, y en consecuencia, se suplica á S. M., se sirva prescindir *por ahora* del pensamiento que contiene su carta, sobre renuncia del mando.”

Diez y nueve dignatarios estaban presentes: de ellos, diez votaron á favor del dictámen, y nueve en contra.

Hay que advertir, que los nueve opositoristas pertenecian á la fraccion progresista; algunos de ellos opinaban por la abdicacion, pero se reservaban este juicio temiendo que se les creyera complicados en la intriga francesa, puesto que sus nombres figuraban en la combinacion hecha por los re-

presentantes de la Francia, aunque no se habia contado para ello con su aquiescencia.

Pero los nueve esplicaron su voto formulándolo de esta manera:

.....“ hemos votado en contra del dictámen de la comision..... porque la redaccion de que en él se usa, no expresa neta y francamente nuestro parecer, el cual se reduce á lo siguiente:—Suplicamos á S. M. que no abdique, y que revistiéndose de energía, luche sin descanso en beneficio de nuestra patria, para lo cual cuenta con nuestra débil pero muy leal cooperacion; mas si sus graves pesares ú otras causas que ignoramos, lo impulsaran á tomar tan funesta resolucion, no lo haga sin haber asegurado antes la independenciam de México, la integridad del territorio nacional, y los intereses mexicanos creados por el imperio.”

A este voto lo acompañaba una carta suplicativa, la que tambien voy á extractar, porque levanta el velo que cubrió aquella escena sombría, dejando espuestas á la luz de la historia la division que reinaba entre los altos funcionarios del imperio, y las poridades que se pronunciaban en aquella lucha de afectos y de intereses.

Los signatarios de dicho documento esponian á Maximiliano que desde la primera sesion en que se manifestó á los consejos su carta, el presidente del de ministros con su informe echó por tierra las causales que esponia el emperador para abdicar; pero los infrascritos habian dado crédito solo á este.

Y creian, como el soberano, que era imposible consolidar el trono, y que la lucha que se emprendiera seria contraria á los sentimientos humanitarios de la Magestad. En suma, disentian de la comision que con tan poca lealtad exigia de él que no abdicara por ahora, hasta que se fueran los franceses y se recobraran los elementos de guerra me-